

NIÑAS, NIÑOS Y ADOLESCENTES EN TIEMPOR DE DESAMPARO COLECTIVO. De la incertidumbre a la esperanza en salud mental y educación.

Beatriz Janin.

MADRID 22 DE FEBRERO DE 2023

Presentación del libro: Catalina Martín Gómez.

Sigo los trabajos de Beatriz Janin desde hace muchos años en particular los escritos sobre el TDAH y el abuso de etiquetas en la infancia. Los he utilizado como textos básicos para mis clases con los residentes de psiquiatría, psicología y enfermería. Su forma de abordar cuestiones tan complicadas es poco común en nuestros entornos, sobre todo en la psiquiatría. Hace pensar en una práctica forjada desde de la experiencia de resonar con el otro, sea este otro el niño, los padres, los estudiantes o los compañeros de diferentes disciplinas y países.

En los diálogos de Fórum del 12-02-2022 Beatriz J. abordó muchas de las cuestiones que recoge en su libro. El debate posterior a la exposición puso en marcha un intercambio enriquecedor (de experiencias y reflexiones) sobre la experiencia de los profesionales en los tiempos de pandemia. “Es increíble lo que moviliza Beatriz” decía mi compañero Ismael Anaya al abrir el espacio de recogida de los emergentes del debate”. Estoy de acuerdo con él y también con muchas de las cuestiones que Beatriz J. ha ido desgranando en el libro.

A continuación, voy a plantear algunas reflexiones que germinan de su lectura.

Al inicio del texto llamó mi atención que se dedica una hoja entera a los agradecimientos, dejando claro que lo que vendrá a continuación procede de una experiencia compartida “con y entre” otros.

Después, a lo largo de los capítulos va llevándonos de la mano para recorrer en un lenguaje claro, azul claro, pausado, los diferentes espacios que fueron afectados por la pandemia, el lenguaje y la psicomotricidad en los más pequeños, la experiencia compartida con los iguales en los escolares adolescentes y las familias. También se aborda la forma en que afectó al trabajo en las consultas de los psicoanalistas y a la escuela como el lugar propio de los niños y termina con una propuesta de tarea cuyo horizonte es rescatar la esperanza de un futuro para niños y adolescentes en estos tiempos de incertidumbre y desamparo.

Me gustaría compartir algo de la experiencia en los hospitales de día infanto juveniles y centros de salud mental infantil de Madrid. El azote de las primeras olas de la pandemia cerró con intención protectora los centros de atención de salud mental infanto juvenil y se desplazó el trabajo hacia la urgencia somática y en salud mental se fortificó el aislamiento de los adultos ingresados. La Unidad de rehabilitación 2 de Leganés fue el único lugar de España sin un solo caso de infección en sus residentes.

En las primeras olas existía la sensación de que los niños y adolescentes estaban a salvo y que para los pacientes ingresados en psiquiatría el coronavirus era menos letal. Utilizar internet nos dio la posibilidad de conectar con los pacientes en la distancia, aunque pronto mostró ser insuficiente para los más graves como los de hospital de día. Cuando fue posible la presencialidad y ante la pregunta que se plantea Beatriz J. ¿a qué escuela volvieron los niños? Nos planteamos ¿a qué Hospital de día volvieron los niños? Voy a responder por lo vivido: a un espacio donde los protocolos del COVID-19 modificaron profundamente los tratamientos, fragmentando, disgregando y separando en salas a los miembros del equipo, los niños y adolescentes, a fin, de mantener la distancia social. Bajo las mascarillas sin poder acercarnos, ni utilizar elementos compartidos. Ni lápices, ni papel, ni juguetes... La evaluación de pacientes nuevos, era extraña, por no decir impracticable...pero la hicimos. Introdujimos los botes de desinfectante y las bayetas en la caja de juego, dejando un tiempo antes y después para desinfectar el poco material que nos animábamos a utilizar. Cuando nos arriesgamos a utilizar los juguetes les bañábamos y limpiábamos con los espráis desinfectantes. Las manitas de los niños y las nuestras eran lavadas cada vez que cambiábamos de espacio. En los recreos los niños jugaban desde la distancia sin tocarse, ni quitarse la mascarilla. La facilidad de los contagios nos llevó al extremo de llegar a decir, a un pequeño opositor de 10 años que si seguía quitándose la mascarilla no podría venir al Hospital. Una respuesta insensata, que en el estado de alarma no lo era tanto, para mantener la presencialidad. La realidad de ese momento hacia que cualquier contagio y la cuarentena de los contactos, en un equipo pequeño como el nuestro, supusiera el cierre de todo el centro.

Otra cuestión que quiero rescatar es que los abuelos a menudo se hacen cargo de acompañar a los niños al centro. Durante la pandemia muchos niños vieron ingresar o perdieron un abuelo y algún padre.

Beatriz J. nombra la importancia de la transmisión de huellas entre generaciones. Los mayores de 55 años somos la tercera generación de unos antepasados que vivieron en el siglo de las guerras mundiales, la guerra civil en España y muchas otras formas de violencia de Estado.

Me pregunto qué tipo de huellas nos han llegado de estas generaciones ¿quizá huellas de violencia innombrables?

Recuerdo la frase *Llega el invierno* tantas veces repetida en la serie Juego de tronos y la comparo con expresiones similares de mis mayores expresando el temor a que se repitan las condiciones de una guerra civil. La historia de un sujeto es la historia de sus identificaciones y estas están atadas a todos sus vínculos.

Beatriz J. habló en los diálogos de Fórum ya nombrados sobre la caída de la función protectora de los padres. Me pregunto ¿qué experiencia de función

protectora de los padres tuvieron esos niños (nuestros abuelos o padres) que vivieron la guerra?

Sabemos que desamparo e incertidumbre son estados conocidos por los niños. Me refiero a la experiencia de desamparo original por la que pasamos cuando aún no se ha instaurado ni la temporalidad, ni la posibilidad de poner borde al sufrimiento. Un instante de dolor puede sentirse como infinito, a la espera de la presencia de un Otro materno, que lo calme y ayude a significarlo. La pandemia hizo caer la ficción compartida, para los que vivimos en la sociedad capitalista, de vivir en un mundo seguro donde se puede evitar el hambre, el frío la enfermedad y la muerte, si tienes dinero. La experiencia inicial del sujeto humano lo desmiente.

Conocemos que hay una realidad impredecible y la experiencia de la soledad sólo puede ser sobrellevada si hemos tenido la suerte de haber experimentado un vínculo que nos ponga en relación con la vida.

El libro apunta a la importancia de contar con espacios donde la hospitalidad, sorofraternidad y la ternura tengan lugar, como pretendemos conseguir con la creación de Fórum infancias. Estos conceptos y en particular la ternura resuena mucho en relación a la clínica. Se apunta a la importancia del vínculo entre profesional y paciente, la transferencia de toda la vida, como el elemento esencial del proceso terapéutico, por encima de los modelos teóricos que sustenten la práctica.

José Leal el 11-02-2023 en el Seminario Conversaciones con el auditorio de Análisis Freudiano decía que la ternura permite al niño desprenderse de su posición de objeto con la madre. La ternura materna facilita la subjetivación. Jan Jacques Valentin en el mismo seminario señalaba que la ternura es una experiencia constituyente y tiene que ver con asumir la falta y con la posibilidad de dar cobijo en una relación. Es por esto que asocio la ternura a los abuelos. Ancianos y niños hacen encuentro entre dos fragilidades.

La pandemia hizo marca en la forma de ubicarnos en una relación vincular, al imponernos la distancia social. Las nuevas tecnologías salieron reforzadas en su capacidad de reunir en el hiperespacio a las personas, con sus redes sociales y otros espacios.

El libro avanza hacia el tema de rescatar la esperanza puesta en jaque por el desamparo colectivo en la pandemia. Propone rescatar a los padres, que la sociedad pueda revalorizar su función y sostenerles para que puedan transmitirla a sus hijos. No registrar el sufrimiento infantil junto a los desbordes del adulto son formas comunes y actuales de la violencia hacia los niños. De nuevo pienso en qué adultos conocieron los niños que vivieron las guerras.

Quiero finalizar con una viñeta clínica:

Durante una terapia de juego grupal, Ana una niña de 9 años con enuresis, encopresis y mutismo selectivo juega con Alicia de 10 años quien mantiene absoluto hermetismo sobre la relación con sus padres separados desde que ella tiene 3 años así cree que mantiene la paz entre ellos y la ilusión de que no comparten nada ni siquiera una hija. Ambas juegan a que tienen una guardería de bebés a los que cuidan con mimo. Ana ha salido y está concentrada en una caja de piezas de encajables haciendo construcciones, Alicia se ha transformado en lobita y está cuidando y protegiendo a los bebés. Representa que toma con sus patitas a los bebés y les da la comida quejándose de que necesita ayuda de Ana y esta no llega. Hay un niño que se acerca a jugar con ellas y toma el rol de un perro lobo que está solo y necesita unos padres. Ana hace una construcción, un bloque robusto y se lo da a la terapeuta para que se lo dé al niño perro lobo. Añado que en ese tiempo los Servicios Sociales están valorando una situación de grave riesgo de desamparo y maltrato en esta niña.

En un tiempo posterior los niños relatan lo sucedido en la terapia. Empieza Ana toma una hoja y escribe que jugaba a hacer juguetes para los niños de la guardería y que al perrito le hizo un juguete. Más adelante quiere ampliar el relato y escribe que el juguete era una torre porque ese es su apellido. La terapeuta que lo escucha le dice: *Ah entonces ¿le ofrecías ser de tu familia por que le das tu apellido?* Ana se pone seria y con gesto elocuente niega. La niña ahora es nombrada con el apellido materno, pero en sus primeros años tuvo el apellido de una pareja de la madre que luego quiso retirarlo cuando se separaron, por no ser el padre biológico, y hace poco tiempo el padre biológico reconoció su paternidad legalmente. Un padre denunciado por violencia de género. Entonces es otra cosa lo que ofrece Ana, un juguete de su invención, con su firma. Le dona a su compañero algo de su saber hacer con lo propio. Hace un acto de ternura que le permite desprenderse de su posición de objeto. En un artículo del periódico el PAIS Elisa Martin relata una experiencia con su hijo quien le dice que todo lo que hay en el mundo es un juguete.

¿Se puede transformar el desamparo en un jugar?

Estamos ante una pandemia de malestar psíquico que se atribuye a lo genético y lo biológico y se pretende tratar transformando el cuerpo como si fuera el único acusante del malestar, tratando los síntomas y enfermedades mentales como si fueran agentes infecciosos que se pueden extirpar o suprimir con fármacos.

De acuerdo con Beatriz J. entiendo que nuestra labor es transmitir un saber producto de la experiencia con los niños y adolescentes que ayude a recobrar la esperanza de una relación con el mundo donde la vida se abra paso y se pueda jugar, incluso el desamparo.